PROVINCIA ECLESIASTICA DEL PERU

CARTA ENCICLICA

"Divini Redemptoris"

de Su Santidad el Papa Pío XI

sobre

El Comunismo Ateo

BX
1396
.4
.C66518
1937

(19 de Marzo de 1937)

PROVINCIA ECLESIASTICA DEL PERU

CARTA ENCICLICA

"Divini Redemptoris"

de Su Santidad el Papa Pío XI

sobre

El Comunismo Ateo

(19 de Marzo de 1937)

LIBRARY OF PRINCETON
DEC 2 1988
THEOLOGICAL SEMINARY

BX
1376
.A
.C66518
1937

CATHOLIC CHURCH. POPE (1922-1939 Pius XI)

PROVINCIA ECLESIASTICA DEL PERU

CARTA ENCICLICA

"Divini Redemptoris"

de Su Santidad el Papa Pío XI

LIBRARY OF PRINCETON
DEC 2 1988
THEOLOGICAL SEMINARY

sobre

El Comunismo Ateo

(19 de Marzo de 1937)

PASTORAL

del Episcopado Peruano dando á conocer la Encíclica "DIVINI REDEMPTORIS", de Su Santidad Pío XI

Nos el Arzobispo y Obispos de la Provincia Eclesiástica del Perú, a los Venerables Cabildos, Metropolitano y Diocesanos, al Clero Secular y Regular, y a los fieles todos de nuestras Diócesis.

Salud y Paz en Nuestro Señor Jesucristo.

Venerables Hermanos y amados hijos:

La Divina Providencia, nuevamente, nos proporciona la ocasión de dirigiros nuestra palabra, pues no ha mucho que lo hicimos en una Instrucción colectiva sobre la Vida Litúrgica; y ahora, al recibir la importantísima Encíclica "DIVINI REDEMPTORIS" de nuestro Santísimo Padre el Papa PIO XI, felizmente reinante, acerca del COMUNISMO, hemos creído necesario trasmitiros, a vosotros, sacerdotes y fieles, de la Arquidiócesis y de las Diócesis de la Provincia

Eclesiástica del Perú, las sabias enseñanzas del Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, en estos momentos, en que la humanidad padece crisis por seguir a los que han vuelto las espaldas a la CRUZ REDENTORA.

Así las palabras del Papa, reverentemente recibidas por los Obispos, llega, por conducto nuestro, a todos nuestros amados fieles, para que, a su vez, las mediten, las estudien y las lleven a la práctica.

Es luz que, en estas horas siniestras de obscuridad, de ansiedad y de zozobra, que como manto fúnebre pretende envolver a los pueblos y a las naciones, brilla desde las alturas del Vaticano como faro luminoso que señala a los hombres el camino, la verdad y la vida. VOS ESTIS LUX MUNDI.

Es bálsamo de salud del único samaritano que —sin ambiciones ni miras humanas— desea generosamente curar las heridas de la humanidad atormentada. SAMARITANUS... VIDENS EUM MISERICORDIA MOTUS... ALIGAVIT VULNERA EIUS, INFUNDENS OLEUM ET VINUM.

Es el ansioso grito del Pastor que busca a la oveja extraviada para llevarla amoroso al aprisco del Bien y de la Verdad. BONUS PASTOR DAT ANIMAM SUAM PRO OVIBUS SUIS.

Una vez más, la Cátedra de Pedro, recogiendo los hilos de oro de la Sagrada Tradición y las inagotables y eternas enseñanzas de la Iglesia, resuena por encima del estampido de los cañones y de la metralla que fabrican la ambición, el odio y el orgullo, para anunciar la PAZ, el

AMOR, la CARIDAD y la JUSTICIA. PAX VOBIS. JUSTICIA ET PAX OSCULATAE SUNT.

Con toda nuestra devoción a aquella Cátedra de Verdad, contra la que no prevalecerán las puertas del infierno, os encarecemos, una y otra vez, amados hijos, que recibáis con docilidad de sinceros católicos, las sabias direcciones que contiene este áureo documento, que debe leerlo y poseerlo no solo el católico sino también cuántos lealmente y sin prejuicios sectarios, desean hallar solución a los problemas que fuertemente agitan a la sociedad contemporánea.

Así lo deseamos vivamente y ordenamos a todos los párrocos y rectores de iglesias, den lectura, en domingos consecutivos y expliquen oportuna y claramente los puntos principales de la presente ENCICLICA PAPAL.

Dada en Lima, a los 16 días del mes de Mayo, festividad de Pentecostés, del año del Señor de 1937.

† *PEDRO PASCUAL, Arzobispo de Lima.*

† *Fr. MARIANO, Obispo de Arequipa.*

† *CARLOS, Obispo de Trujillo.*

† *OCTAVIO, Obispo de Chachapoyas.*

† *FRANCISCO RUBEN, Obispo de Huánuco.*

† *Fr. SALVADOR, Obispo de Puno.*

† *JUAN JOSE, Obispo de Cajamarca.*

† *SANTIAGO, Obispo del Cuzco.*

† *Fr. FRANCISCO SOLANO, Obispo de Ayacucho.*

† *Fr. SABAS, Obispo de Ténaro y Vicario Apostólico del Urubamba y Madre de Dios.*

† *Fr. FRANCISCO, Obispo de Flávia y Vicario Apostólico del Ucayali.*

† *ATANASIO, Obispo de Mossina y Vicario Apostólico del Marañón.*

Fr. ROSINO RAMOS, Pro-Vicario Apostólico de Iquitos.

CARTA ENCICLICA

a los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y otros Ordinarios en paz y comunión con la Sede Apostólica sobre

EL COMUNISMO ATEO

"DIVINI REDEMPTORIS"

PIO XI, PAPA

Venerables Hermanos, Salud y Bendición Apostólica

1.—La promesa de un Redentor ilumina la primera página de la historia de la humanidad; y así la esperanza de tiempos mejores aplacó la pena del paraíso perdido y acompañó al género humano en su atribulado camino hasta que, en la plenitud de los tiempos, el Salvador del mundo, viniendo sobre la tierra, cumplió la promesa e inauguró una nueva civilización universal, la civilización cristiana, inmensamente su-

perior a aquella que el hombre había hasta entonces laboriosamente alcanzado en algunas naciones más privilegiadas.

2.—Pero la lucha entre el bien y el mal perduró en el mundo como triste herencia de la culpa original; y el viejo tentador no ha desistido jamás de engañar a la humanidad con falaces promesas. Por esto en el curso de los siglos una desorientación ha sucedido a otra, hasta la revolución de nuestros días, que amenaza seriamente, o amenaza seriamente, se puede decir, en todas partes y supera en amplitud y violencia a todas las persecuciones que tuvo que arrostrar la Iglesia. Pueblos enteros se encuentran en peligro de caer en una barbarie peor que aquella en que estaba sumida la mayor parte del mundo al aparecer el Redentor.

3.—Este peligro, tan amenazante, vosotros lo habéis comprendido, Venerables Hermanos, es el comunismo bolchevique y ateo que tiende a destruir el orden social y a arrancar de sus bases los fundamentos mismos de la civilización cristiana.

Posición de la Iglesia frente al Comunismo

CONDENACIONES ANTERIORES

4.—Frente a tales amenazas la Iglesia Católica no podía callar y no calló. No calló especialmente esta Sede Apostólica, que sabe que su especialísima misión es la defensa de la ver-

dad y de la justicia y de todos aquellos bienes eternos que el comunismo desconoce y combate. Desde los tiempos en que círculos cultos pretendieron libertar la civilización humana de las ligaduras de la moral y de la religión, nuestros Predecesores atrajeron la atención del mundo, abierta y explícitamente sobre las consecuencias de la descristianización de la sociedad. Y en cuanto al comunismo, ya desde 1846, nuestro venerado Predecesor Pío IX pronunció solemne condenación, confirmada después en el *"Syllabus"* contra "aquella nefanda doctrina del llamado comunismo, enteramente contraria al mismo derecho natural y que, una vez admitida, conduciría a la radical inversión de los derechos, de las cosas, de la propiedad de todos y de la misma sociedad humana" (Encíclica *"Qui Pluribus"*, noviembre 9 de 1846: Acta Pío IX, vol. 111, p. 170).

Más tarde, nuestro Predecesor de inmortal memoria, León XIII, en la Encíclica *"Quod Apostolici muneris"* lo definía "peste destructora que atacando la médula de la sociedad humana, la conduciría a la ruina" (Encíclica *"Quod Apostolici muneris"*, diciembre 28 de 1878 *Acta Leonis XIII* volumen 1, página 46) y con clara visión indicaba que los movimientos ateos de las masas de la época de tecnicismo tenían el mismo origen de aquella filosofía que ya, desde siglos, buscaba separar la ciencia y la vida de la fe y de la Iglesia.

ACTOS DEL PRESENTE PONTIFICADO

5.—Nos, también, durante nuestro pontificado hemos denunciado con urgente insistencia las corrientes de ateísmo crecientemente amenazadoras. Cuando en 1924 nuestra misión de socorros regresaba de la Unión Soviética, Nos pronunciamos contra el comunismo, en una alocución especial dirigida al mundo entero (diciembre 18 de 1924, Acta Apostolicae Sedis, volumen XVI, 1924, páginas 494-495). En nuestras encíclicas *"Miserentissimus Redemptor"* (8 de mayo de 1928, A. S. A. volumen XX 1928, páginas 165-178, *"Quadragésimo anno"* (15 de mayo de 1931 A. S. S. volumen XXIII 1931, páginas 177-228). *"Caritati Christi"* (3 de mayo de 1932 A. A. S. volumen XXIV, páginas 177-194). *"Acerba animi"* (29 de setiembre de 1932 A. A. S. volumen XXV páginas 821-332). *"Dilectissima Nobis"* (3 de junio de 1933 A. A. S. volumen XXV páginas 261-274) hemos elevado solemne protesta contra las persecuciones desencadenadas ora en Rusia ora en México y en España; no se ha extinguido aún el eco universal de aquellas alocuciones tenidas por Nos el año pasado con motivo de la inauguración de la Exposición Mundial de la Prensa Católica, en la audiencia a los prófugos españoles y del mensaje por las fiestas de la Santa Navidad. Hasta los más encarnizados enemigos de la Iglesia, que desde Moscú dirigen esta lucha contra la civilización cristiana, con sus ininterrumpidos ataques de palabra y de hecho, son testimonios de que el Pa-

pado, aun en nuestros días, ha continuado tutelando fielmente el santuario de la religión cristiana, y el que con más frecuencia y en modo más persuasivo que cualquier otra autoridad pública, ha llamado la atención sobre el peligro comunista.

NECESIDAD DE OTRO DOCUMENTO SOLEMNE

6.—Pero no obstante estas repetidas advertencias paternales, que han sido por vosotros, Venerables Hermanos, con Nuestra grande satisfacción, retransmitidas fielmente y comentadas a los fieles con vuestras recientes Pastorales, el peligro aumenta bajo el empuje de hábiles agitadores, se agrava día a día.

Por esto Nos creemos en el deber de elevar de nuevo Nuestra voz con un documento aun más solemne, como es costumbre de esta Sede Apostólica, Maestra de la verdad y como lo hace natural el hecho de que un documento así está en el deseo de todo el mundo católico. Y confiamos en que el eco de Nuestra voz llegue allí donde quiera hubiese mentes libres de prejuicios y corazones sinceramente deseosos del bien del mundo católico; tanto más que Nuestra palabra, está hoy dolorosamente avalorada por la vista de los frutos amargos de las ideas subversivas, como Nos habíamos previsto y preanunciado y que se van multiplicando peligrosamente de hecho en los países ya dominados por ellas, y en amenazas, en todos los otros países del mundo.

7.—Nos, por lo tanto, queremos, todavía una vez más, exponer en breve síntesis los principios del comunismo ateo, como se manifiestan principalmente en el bolcheviquismo con sus métodos de acción, contraponiendo a estos falsos principios la luminosa doctrina de la Iglesia e inculcando de nuevo, con insistencia, los medios con los cuales la civilización cristiana, la sola "Civitas" verdaderamente humana, puede ser salvada de este satánico flagelo y alcanzar mayor desarrollo por el verdadero bienestar de la sociedad humana.

Doctrina y Frutos del Comunismo

DOCTRINA

Falso ideal

8.—El comunismo de hoy, en modo más acentuado que otros similares movimientos del pasado, esconde en sí una idea de falsa redención. Un pseudo ideal de justicia, igualdad y de fraternidad en el trabajo, pone en toda su doctrina y toda su actividad un falso misticismo, que a las muchedumbres prontas a confiar en falaces promesas comunica un entusiasmo contagioso, especialmente en un tiempo como el nuestro, en que de una distribución defectuosa de las cosas de este mundo resulta una miseria no acostumbrada.

Este pseudo ideal se vanagloria como si hubiese sido el iniciador de un cierto progreso económico, que cuando es real, se explica por otras causas, como la intensificación de la producción industrial en países que estaban privados de ella, valiéndose también de enormes riquezas naturales o del uso de métodos brutales para hacer ingentes trabajos con poco gasto.

Materialismo evolucionista de Marx

9.—La doctrina que el comunismo esconde bajo apariencias muchas veces seductoras, en substancia hoy se funda sobre principios ya predicados por Marx, del materialismo dialéctico y materialismo histórico, de los que los teóricos del bolcheviquismo pretenden poseer la única y genuina interpretación. Esta doctrina enseña la existencia de una sola realidad: la materia, con sus fuerzas ciegas, la que evolucionando, se convierte en planta, animal, hombre. Aun la sociedad humana no es otra cosa que una apariencia y una forma de la materia que evoluciona de dicho modo y por ineluctable necesidad tiende, en un perpetuo conflicto de las fuerzas, hacia la síntesis final: una sociedad sin clases. En tal doctrina, como es evidente, no hay lugar para la idea de Dios, no existe diferencia entre espíritu y materia, ni entre alma y cuerpo; no se da sobrevivencia del alma después de la muerte y, por lo tanto, ninguna esperanza en otra vida. Insistiendo sobre el aspecto dialéctico de su materialismo los comunistas pretenden que el conflicto, que con-

duce al mundo hacia la síntesis final, puede ser acelerado por los hombres. Por ende se esfuerzan en hacer más agudos los antagonismos que surgen entre las diversas clases de la sociedad, y la lucha de clases con sus odios y sus destrucciones asume el aspecto de una cruzada por el progreso de la humanidad. En cambio, todas las fuerzas, sean cuales fueren, que resisten a esas violencias sistemáticas, deben ser anuladas como enemigas del género humano

¿A qué se reducen el hombre y la familia?

10.—Además el comunismo despoja al hombre de su libertad, principio espiritual de su conducta moral, quita toda dignidad a la persona humana y todo dique moral contra el asalto de los estímulos ciegos. Al hombre individuo no se le reconoce, frente a la colectividad, derecho natural alguno de la personalidad humana, siendo ella, en el comunismo, simple rueda y engranaje del sistema; en las relaciones de los hombres entre sí sostiene el principio de la absoluta igualdad, renegando de toda jerarquía y de toda autoridad establecida por Dios, incluso la de las progenitores; pero todo lo que existe entre los hombres de la así llamada autoridad y subordinación, todo deriva de la colectividad, primera y única fuente. No se acuerda a los individuos derecho alguno de propiedad sobre los bienes de la naturaleza y sobre los medios de producción, porque, siendo ellos derivados de otros bienes conduciría al poder de un hombre sobre otro hombre. Por esta razón debe ser des-

truído radicalmente todo género de propiedad privada como única fuente de esclavitud económica.

11.—Negando a la vida humana todo carácter sagrado y espiritual, tal doctrina naturalmente hace del matrimonio y de la familia una institución puramente artificial y civil, es decir fruto de un determinado sistema económico; viene renegada la existencia del vínculo matrimonial de naturaleza jurídico-moral sustraído al beneplácito de los individuos o de la colectividad, y, por consiguiente, la indisolubilidad de él. En particular para el comunismo no existe ningún vínculo entre la mujer y la familia y el hogar. Proclamando el principio de la emancipación de la mujer, la aleja de la vida doméstica y de la atención de los hijos, para arrastrarla a la vida pública y a la producción colectiva en la misma medida que al hombre, entregando a la colectividad el cuidado del hogar y de la prole.

Y niega, en fin, a los progenitores el derecho de la educación, siendo éste considerado como un derecho exclusivo de la comunidad, en cuyo nombre y por cuyo mandato los progenitores pueden ejecutarlo.

¿A qué se reduciría la sociedad?

12. ¿A qué cosa se reduciría, entonces, la sociedad humana basada sobre tales fundamentos materialistas? Sería una colectividad sin otra jerarquía que la del sistema económico. Ella tendría como única misión la producción de

los bienes por medio del trabajo colectivo, y por fin, el goce de los bienes de la tierra en un paraíso en el cual cada uno "daría según sus fuerzas y recibiría según sus necesidades". A la colectividad el comunismo reconoce el derecho, o mejor dicho el arbitrio ilimitado, de empujar a los individuos al trabajo colectivo, sin contemplar su bienestar personal aún contra su voluntad y hasta con la violencia. En el comunismo, tanto la moral como el orden jurídico no serían sino una emanación del sistema económico del tiempo, de origen naturalmente terrestre y por tanto mutable y caduco. Resumiendo, se pretende introducir una nueva época y una nueva civilización, fruto solamente de una evolución ciega: "una humanidad sin Dios".

13.—Cuando, después, las cualidades colectivas sean finalmente adquiridas por todos en aquella condición utópica de una sociedad sin ninguna diferenciación de clases, el estado político, que ahora se concibe sólo como el instrumento de dominación de los capitalistas sobre el proletariado, perderá toda razón de ser y se "disolverá"; pero hasta tanto que esta condición no se cumpla, el estado y el poder estadual son para el comunismo el medio más eficaz y más universal para conseguir su fin.

14.—He aquí, Venerables Hermanos, el nuevo presunto Evangelio, que el comunismo bolchevique y ateo anuncia a la humanidad cual mensaje saludable y redentor! Un sistema lleno de errores y de sofismas, en contraste con la razón y con la revelación divina; subvertidor del orden social, porque equivale a la destrucción

de sus bases fundamentales, desconocedor del verdadero origen de la naturaleza y del fin del Estado, negador de los derechos de la personalidad humana, de su dignidad y de su libertad.

DIFUSION

Deslumbrantes promesas

15.—Pero ¿cómo puede admitirse que un sistema, científicamente superado desde hace años, refutado por la realidad práctica; cómo puede admitirse, decimos, que un tal sistema pueda difundirse tan rápidamente en todos los rincones del mundo?

La explicación está en el hecho de que demasiado pocos han podido penetrar en la naturaleza del comunismo; los más en cambio, ceden a la tentación hábilmente presentada bajo las más deslumbrantes promesas. Con el pretexto de que se quiere solamente mejorar la suerte de las clases trabajadoras, terminar con los abusos reales producidos por la economía liberal y obtener una más equitativa distribución de los bienes terrenales, (objetivos sin duda plenamente legítimos), y aprovechando de la crisis económica mundial, se consigue atraer a las esferas de influencia del comunismo aún aquellos núcleos de población que por principio repudian todo materialismo y todo terrorismo. Y como todo error contiene una parte de verdad, este lado de la verdad que hemos insinuado, puesto astutamente a la vista a tiempo y en lugares para cubrir, cuando conviene, la crudeza repugnante

e inhumana de los principios y de los métodos del comunismo, seduce aún a los espíritus menos vulgares, hasta convertirles en los apóstoles de jóvenes inteligencias todavía poco aptas para advertir los errores intrínsecos.

Los propagandistas del comunismo saben aprovechar también los antagonismos de raza, las divisiones y oposiciones de los diversos sistemas políticos, hasta de la desorientación en el campo de la ciencia sin Dios para filtrarse en las universidades y corroborar los principios de sus doctrinas con argumentos pseudo-científicos.

El liberalismo les ha preparado el camino

16.—Para explicarse como el comunismo ha llegado a hacerse aceptar sin examen por las masas obreras, conviene recordar que éstas estaban ya preparadas por el abandono religioso y moral en el cual habían sido dejadas por la economía liberal. Con los turnos de trabajo aún dominicales, no se les dejaba tiempo ni aun para satisfacer los más graves deberes religiosos de los días festivos: no se pensaba en construir iglesias cerca de las fábricas ni en facilitar la obra del sacerdote: al contrario, se continuaba en promover positivamente el laicismo. Hoy se recoge la herencia de errores por Nuestros Predecesores y por Nosotros mismos tantas veces denunciados, y no hay por qué maravillarse si en un mundo ampliamente descristianizado avance el error comunista.

Propaganda astuta y vastísima

17.—Además la difusión tan rápida de las ideas comunistas, que se filtran en todos los países grandes y pequeños, cultos y menos desarrollados, en forma tal que ningún ángulo de la tierra ha quedado libre de ellas, se explica con una propaganda verdaderamente diabólica como tal vez el mundo no ha visto nunca: propaganda dirigida de un solo centro y que hábilmente se adapta a las condiciones de los diversos pueblos; propaganda que dispone de grandes medios financieros, de gigantescos organismos, de congresos internacionales, de innumerables fuerzas bien adiestradas; propaganda que se hace a través de hojas volantes y revistas, en los cinematógrafos, en los teatros, con la radio, en las escuelas y hasta en las Universidades; penetra poco a poco en todos los rangos de la población, aun en los mejores, sin que los mismos adviertan el veneno que paulatinamente invade las mentes y los corazones.

Conjuración del silencio por parte de la Prensa diaria

18.—Un tercer elemento que ayuda a la difusión del comunismo es el complot del silencio observado por una gran parte de la prensa mundial no católica. Decimos complot, porque no se puede explicar de otro modo que una prensa tan ávida en poner de relieve hasta los más insignificantes incidentes cotidianos, haya podido

callar por tanto tiempo los horrores cometidos en Rusia, en Méjico y en gran parte de España y hable relativamente poco de una vasta organización mundial que es el comunismo de Moscú. Este silencio es debido en gran parte a razones de una política poco previsora y es favorecido por varias fuerzas ocultas que, desde hace tiempo, buscan destruir el orden social cristiano.

DOLOROSOS EFECTOS

Rusia y México

19.—Entre tanto los dolorosos efectos de esta propaganda son visibles. Donde el comunismo ha podido afirmarse y dominar, y aquí Nos pensamos con particular y paternal afecto en los pueblos de Rusia y México allí se ha esforzado con todos los medios en destruír, y lo proclama abiertamente, desde sus bases, la civilización y la religión cristiana, apagando en el corazón de los hombres, especialmente de la juventud, todo recuerdo. Obispos y sacerdotes han sido perseguidos, condenados a trabajos forzados, fusilados y condenados a muerte en modos inhumanos: simples laicos, por haber defendido la religión, han sido vejados, perseguidos, arrastrados a las prisiones y a los tribunales.

Horrores del comunismo en España

20.—También allá donde, como en Nuestra queridísima España, el flagelo comunista no ha

tenido todavía el tiempo de hacer sentir todos los efectos de sus teorías, se ha desencadenado, como compensación, con violencia más furibunda. No se ha destruído ésta o aquella iglesia, éste o aquel claustro, pero cuando ello se hizo necesario o posible, se destruyeron iglesias y claustros, aún aquellos vinculados a hermosas tradiciones históricas y artísticas. El furor comunista no se ha limitado a matar obispos y millares de sacerdotes, de religiosas y religiosos, buscando en modo particular aquellos o aquellas que más se preocupaban de los obreros y de los pobres, sino que hizo un número mucho mayor de víctimas entre los laicos de todo rango, que son hasta hoy martirizados por el hecho de ser buenos cristianos o, por lo menos, contrarios al ateísmo comunista. Una tan espantosa destrucción viene siendo ejecutada con un odio, una barbarie y un ensañamiento que no se habría creído posibles en nuestro siglo.

No puede existir un hombre privado que piense con cordura ni un hombre de Estado consciente de su responsabilidad, que no se estremezca ante el pensamiento que cuanto hoy ocurre en España pueda repetirse mañana en otras naciones cultas.

Consecuencias naturales del sistema

21.—Ni tampoco puede sostenerse que tales atrocidades sean un fenómeno transitorio y que comúnmente acompaña cualquier gran revolución, excesos aislados de la exasperación que acompañan toda guerra; no, son frutos naturales

del sistema que carece de todo freno interno. Un freno es necesario tanto al individuo como a la sociedad. Aun los pueblos bárbaros tuvieron este freno en la ley natural que Dios esculpiera en la mente de cada hombre. Y cuando esta ley natural fué mejor observada, se vieron antiguas naciones ascender a una grandeza que maravilla todavía, más de lo que fuera conveniente, a ciertos estudiosos superficiales de la historia humana. Pero si se arranca del corazón de los hombres la misma idea de Dios, naturalmente son impulsados por sus pasiones a la más desenfrenada barbarie.

Lucha contra todo lo divino

22.—Es lo que, sin embargo, estamos contemplando: por vez primera en la historia asistimos a una lucha fríamente anhelada y cuidadosamente preparada por el hombre contra "todo lo que es divino" (Cf. Ep. ad *Tessal.* II. 4). El comunismo és por esencia antirreligioso y considera la religión como "el opio del pueblo" porque los principios religiosos que hablan de la vida de ultratumba, distraen al obrero de mirar hacia la consecución del paraíso soviético, que es de esta tierra.

El terrorismo

23.—Pero no se pisotea impunemente la ley natural y a su autor: el comunismo no ha podido ni podrá obtener su intento ni siquiera en el terreno puramente económico. Es verdad que

en Rusia ha podido contribuír a despertar hombres y cosas de una larga y secular inercia y obtener con cualquier clase de medio, a menudo sin escrúpulos, algún éxito material, pero sabemos por testimonios nada sospechosos, aun recientísimos, que de hecho ni siquiera ha alcanzado el fin que se había propuesto, sin contar la esclavitud que el terrorismo ha impuesto a millones de hombres. Aun en el campo económico es también necesaria cierta moral, cierto sentimiento moral de la responsabilidad que, en cambio, no tiene lugar en un sistema estrechamente materialista como es el comunismo. Para substituirlo no queda más que el terrorismo, tal cual vemos precisamente utilizado ahora en Rusia, donde los antiguos cómplices de revuelta y de lucha se despedazan recíprocamente; un terrorismo, que por otra parte, no alcanza a contrarrestar no ya a la corrupción de las costumbres sino y ni siquiera la disolución del orden social.

PATERNAL RECUERDO A LOS OPRIMIDOS PUEBLOS DE RUSIA

24.—Con todo, sin embargo, no queremos de ninguna manera condenar en masa a las poblaciones de la Unión Soviética, para las cuales nutrimos el más vivo afecto paterno. Sabemos que no pocos de ellos gimen bajo el duro yugo que les ha sido impuesto por la fuerza de hombres, en gran parte extraños a los verdaderos intere-

ses de la nación, y reconocemos que muchos otros fueron engañados por falaces esperanzas. Nos culpamos el sistema, a sus autores y a sus fautores, los cuales han considerado a Rusia como el terreno más apto para introducir de hecho un sistema elaborado hace ya varios decenios y que desde allí procuran extenderlo por todo el mundo.

Luminosa Doctrina Opuesta de la Iglesia

25.—Así expuestos los errores y los medios violentos y engañosos del comunismo bolchevique y ateo, oportuno será ahora, Venerables Hermanos, de oponerle brevemente la verdadera noción de la *Civitas humana*, de la sociedad humana tal cual nos la enseñan la religión y la revelación por intermedio de la Iglesia *Magistra gentium* y la cual vosotros ya conocéis.

SUPREMA REALIDAD: ¡DIOS!

26.—Por encima de toda otra realidad está el sumo, único Ser Supremo, Dios Creador, omnipotente sobre todas las cosas, Juez sapientísimo y justísimo de todos los hombres. Esta suprema realidad, Dios, es la condena más absoluta de las infames mentiras del comunismo, y en verdad, no porque los hombres así lo crean, Dios existe, sino porque Dios existe creen en El y a El ruegan todos los que voluntariamente cierren los ojos de frente a la verdad.

LA RELIGION Y LA FAMILIA A LA LUZ DE LA RAZON Y LA FE

27.—En cuanto al hombre, lo que la razón y la fe afirman de él, Nos habíamos expuesto en sus principios fundamentales en la Encíclica *"Divini illius Magistri"*, sobre la educación cristiana del 31 de diciembre de 1929. (A. A. S. vol. XXII, 1930 págs. 49-86). El hombre tiene ún alma espiritual e inmortal, en una persona, admirablemente provista por el Creador de dones corporales y espirituales, un verdadero "microcosmo" como ya lo decían los antiguos, un pequeño mundo que vale mucho más que todo el inmenso mundo inanimado. Tiene en ésta y en la otra vida sólo a Dios por fin último: es elevado por la gracia santificante al grado de hijo de Dios e incorporado al reino de Dios en el cuerpo místico de Cristo. Al mismo tiempo Dios lo ha dotado de múltiples y variadas prerrogativas: derecho a la vida, a la integridad del cuerpo, a los medios necesarios para la existencia; derecho de tender al último fin en el camino que le ha sido fijado por Dios, derecho a asociarse, a ser propietario y a usar de su propiedad.

28.—Como el matrimonio y el derecho a su uso natural tienen origen divino, así también la constitución y las prerrogativas fundamentales de la familia han sido determinadas y fijadas por el mismo Creador, no por la voluntad humana ni por factores económicos. En la encíclica sobre el matrimonio cristiano (Enciel.

"Casti connubii", 31 dic. 1930, páginas 539-591; y en nuestra ya mencionada Encíclica sobre la educación. Nos hemos ampliamente extendido sobre estos argumentos.

QUE ES LA SOCIEDAD

Derechos y deberes mútuos entre el hombre y la sociedad

29.—Pero Dios al mismo tiempo ha ordenado al hombre para constituir la sociedad civil. En los planes del Creador la sociedad es un medio natural, del cual el hombre puede y debe servirse para alcanzar su fin, siendo la sociedad humana para el hombre y no viceversa. No debe entenderse esto en el sentido del liberalismo individualista que subordina la sociedad al uso egoísta del individuo, sino en el sentido que, mediante la unión orgánica con la sociedad, se les haga a todos posible por mutua colaboración la realización de su verdadera felicidad terrena: además, en el sentido de que en la sociedad encuentran su desarrollo todas las dotes individuales y sociales, fijadas en la naturaleza humana, las cuales superan el interés inmediato del momento, reflejan en la sociedad la perfección divina, lo que en el hombre aislado no puede verificarse. Pero aun esta última finalidad es en último análisis en orden al hombre, para que reconozca este reflejo de la perfección divina y lo devuelva como alabanza y adoración al Creador. Sólo el hombre, la persona humana, y no

cualquier sociedad humana; está dotada de razón y de una voluntad moralmente libre.

30.—Por lo tanto como el hombre no puede eximirse de los deberes señalados por Dios con respecto a la sociedad civil y los representantes de la autoridad tienen el derecho, cuando ilegítimamente se rehusaran, de constreñirles al cumplimiento del propio deber, así también la sociedad no puede despojar al hombre de los derechos personales, que le han sido concedidos por el Creador, de los cuales, más arriba, Nos hemos señalado los más importantes, ni tampoco de hacerles, por principio, imposible el uso. Es, por lo tanto, conforme a la razón y por ella prescripto que al final todas las cosas terrestres estén ordenadas a la persona humana, a fin de que por su intermedio alcancen el camino hacia el Creador y se aplica al hombre, a la persona humana, lo que el Apóstol de los Gentiles escribe a los Corintios sobre la economía de la salvación cristiana: "Todo es vuestro, vosotros sois de Cristo, Cristo es de Dios" (I *Cor.* III, 23). Mientras el comunismo degrada la persona humana, subvirtiendo los términos de las relaciones entre el hombre y la sociedad, la razón y la religión lo elevan tan alto!...

El orden económico-social

31.—Sobre el orden económico social los principios directivos han sido expuestos en la encíclica social de León XIII sobre la cuestión del trabajo (Encícl. *"Rerum Novarum"*, 15 de

mayo de 1891: *"Acta Leonis XIII"*, vol. IV, págs. 177-209) y en la Nuestra sobre la reconstrucción del orden social (Encícl. *"Quadragesimo anno"*, 15 de mayo de 1931, A. A. S., vol. XXXIII, 1931, págs. 177-228), han sido adaptados a las exigencias del tiempo presente. Luego, insistiendo nuevamente sobre la doctrina secular de la Iglesia acerca del carácter individual y social de la propiedad privada, Nos hemos precisado el derecho y la dignidad del trabajo, las relaciones de mutuo apoyo y ayuda que deben existir entre aquellos que detentan el capital y los que trabajan, el salario debido en estricta justicia al obrero para sí y para su familia.

32.—En la misma Encíclica hemos demostrado que los medios para salvar el mundo actual de la triste ruina en que nos ha sumergido el liberalismo inmoral, no consisten en la lucha de clases y en el terror, ni tampoco en el abuso autocrático del poder estatal, sino en la penetración de la justicia social y del sentimiento de amor cristiano en el orden económico y social. Hemos demostrado cómo una sana prosperidad debe ser reconstruida conforme los principios exactos de un sano corporativismo que respete la debida jerarquía social y como todas las corporaciones deben unirse en una armónica unidad, inspirándose en el bien común de la sociedad. Y la misión más genuina y principal del poder público y civil consiste, precisamente, en promover eficazmnete esta armonía y en coordinar todas las fuerzas sociales.

Jerarquía social y prerrogativas del Estado

33.—En vista de esta colaboración orgánica hacia la tranquilidad, la doctrina católica reivindica para el Estado la dignidad y la autoridad de un vigilante y previsor defensor de los derechos divinos y humanos, sobre los cuales la Sagrada Escritura y los Padres de la Iglesia insisten con tanta frecuencia. No es verdad que todos gocen de iguales derechos en la sociedad civil y que no existe una legítima jerarquía. Nos basta referirnos a las encíclicas de León XIII, ya mencionadas, y en modo especial a aquella sobre el poder del Estado (Encícl. *"Diuturnum illud"*, 20 de junio de 1881: *"Acta Leonis XIII,* vol. I, págs. 210-222) y en aquella otra sobre la constitución cristiana del Estado (Encícl. *"Immortale Dei"*, 1 nov. 1885: *"Acta Leonis XIII"*, vol. II, págs. 146-168). En ellas encuentran los católicos, expuestos luminosamente los principios de la razón y de la fe, que los harán capaces de protegerse contra los errores y los peligros de la concepción estatal del comunismo. El despojo de los derechos y la servidumbre del hombre, la negación del origen primero y transcendental del Estado y del poder estatal, el abuso nefando del poder público al servicio del terrorismo colectivista son precisamente lo contrario de lo que corresponde a la ética natural y a la voluntad del Creador. Ya sea el hombre como la sociedad derivan del Creador, y están por El ordenados el uno para el otro; luego ninguno de los dos puede eximirse de los deberes co-

rrelativos, ni renegar o rechazar los derechos. El mismo Creador ha regulado este mutuo acuerdo en sus líneas fundamentales y es injusta usurpación la que se arroga el comunismo de imponer, en lugar de la ley divina basada sobre los inmutables principios de la verdad y de la caridad, un programa político de partido que dimana del arbitrio humano y que está pleno de odio.

BELLEZA DE ESTA DOCTRINA DE LA IGLESIA

34.—La Iglesia, al enseñar esta luminosa doctrina no tiene otra mira que actuar el feliz anuncio proclamado por los Angeles sobre la gruta de Belén en el nacimiento del Redentor; "Gloria a Dios... y paz a los hombres..." (S. Lucas II, 14) paz verdadera y verdadera felicidad también en este suelo y en cuanto sea posible, en vista a la preparación de la felicidad eterna, pero para los hombres de buena voluntad. Esta doctrina es, igualmente, lejana de todas las exageraciones del error como de todos los extremos de los partidos o sistemas que se adhieren a ella, se atienen siempre al equilibrio de la verdad y de la justicia; lo reivindica en la teoría, lo aplica y lo promueve en la práctica, conciliando los derechos y los deberes de unos con los de los otros, como la autoridad con la libertad, la dignidad del individuo con los del Estado, la personalidad humana en el súbdito con la representación divina en el superior, y

por lo tanto la debida sujeción y el amor ordenado de sí mismo, de la familia y de la patria con el amor a las demás familias y a los demás pueblos, fundado en el amor de Dios, padre de todos, primer principio y último fin.

No separa el justo cuidado de los bienes temporales con la solicitud por los eternos, conforme a las palabras de su Divino Fundador: "Buscad primero el reinado de Dios y su justicia y todo lo demás os será dado por añadidura" (S. Mateo VI, 33); está lejos de desinteresarse de las cosas humanas y perjudican los progresos culturales y las ventajas materiales, sino que por el contrario los sostiene y los promueve de la manera más racional y eficaz. Así aun en el campo económico-social, la Iglesia, aunque jamás haya ofrecido un determinado sistema técnico, porque esa no es su misión, con todo ha fijado claramente puntos y líneas, que aun prestándose a diversas aplicaciones concretas conforme a las diversas condiciones de los tiempos y de los pueblos, indican la senda segura para obtener el feliz progreso de la socieedad.

35.—La sabiduría y la suma utilidad de esta doctrina es admitida por cuantos en realidad la conocen. Con toda razón insignes estadistas pudieron afirmar que después de haber estudiado los diversos sistemas sociales, no encontraron nada más sabio que los principios expuestos en las Encíclicas: *"Rerum Novarum"* y *"Quadragesimo anno"*. Mas aun también en los países no católicos, hasta ni siquiera cristianos, se reconocen cuán útiles son para la sociedad humana las doctrinas sociales de la Iglesia; así, hace ape-

nas un mes, un eminente hombre político del Extremo Oriente, no cristiano, no titubeó en proclamar que la Iglesia con su doctrina de paz y de fraternidad cristiana aporta una altísima contribución al establecimiento y a la conservación de la paz activa entre las naciones. Hasta los mismos comunistas, como conocemos por exactas relaciones que llegan de todas partes a este Centro de la Cristiandad, si no están del todo corrompidos, cuando se les expone la doctrina social de la Iglesia, reconocen su superioridad sobre las doctrinas de sus jefes y maestros. Sólo que enceguecidos por la pasión y el odio cierran los ojos a la luz de la verdad y la combaten obstinadamente.

¿ES CIERTO QUE LA IGLESIA NO HA OBRADO CONFORME A ESTA DOCTRINA?

36.—Pero los adversarios de la Iglesia constreñidos a reconocer la sabiduría de su doctrina reprueban a la Iglesia el no haber sabido obrar de acuerdo a estos principios y por lo tanto afirman que deben buscarse otros caminos. Cuán injusta y falsa sea esta acusación lo demuestra toda la historia del Cristianismo. Para no señalar más que algún punto característico, digamos que fué el Cristianismo el primero en proclamar de una manera y con una amplitud y convicción desconocida en los siglos precedentes, la verdadera y universal fraternidad de todos los hombres de cualquier condición y raza,

contribuyendo así poderosamente a la abolición de la esclavitud, no con sangrientas revueltas, sino por la fuerza íntima de su doctrina, que a la soberbia patricia romana hacía ver en su esclava, una hermana suya en Cristo. Fué el Cristianismo, que adora al Hijo de Dios hecho hombre, por amor a los hombres y convertido como "hijo de carpintero" en "carpintero" El mismo. (Cf. S. Mateo XIII, 55, San Marco, VI, 3), fué el Cristianismo quien elevó el trabajo manual antes tan despreciado que hasta el discreto Marco Tulio Cicerón resumiendo la opinión general en su tiempo, no titubeó en escribir estas palabras de las cuales hoy se avergonzaría cualquier sociólogo: "Todos los artesanos se ocupan de oficios despreciables, porque nada puede tener de noble un taller". (M. T. Cicerón, *"De Officiis"*, libr. I, c. 42).

37.—Fiel a estos principios la Iglesia ha regenerado la sociedad humana: bajo su influjo surgieron maravillosas obras de caridad, poderosas corporaciones de obreros y trabajadores de toda categoría, ridiculizadas, por cierto, por el liberalismo del siglo pasado como cosas de la Edad Media pero ahora reivindicadas a la admiración de nuestros contemporáneos que buscan en muchos países, en cierta manera por revivir su concepto. Y cuando otras corrientes impedían la obra y obstaculizaban el influjo salvador de la Iglesia, ésta hasta nuestros días, no dejaba de amonestar a los extraviados. Basta recordar con cuánta firmeza, energía y constancia Nuestro Predecesor León XIII reivindicase para el obrero el derecho de asociación, que el

liberalismo dominante en los Estados más poderosos se empeñaba en negarle. Y este influjo de la doctrina de la Iglesia es más grande de lo que parece, porque grande y seguro, aunque invisible y no cómodamente mensurable es el predominio de las ideas sobre los hechos.

38.—Se puede muy bien decir con toda verdad que la Iglesia a semejanza de Cristo, pasa a través de los siglos haciendo el bien a todos. No habría ni socialismo ni comunismo si los que gobiernan los pueblos no hubieran despreciado las enseñanzas y las maternales advertencias de la Iglesia: en cambio, ellos han querido sobre la base del liberalismo y del laicismo fabricar otros edificios sociales, que a primera vista parecían potentes y grandiosos pero muy pronto se vieron faltos de sólidos fundamentos, y están miserablemente desplomándose uno después de otro, como debe derrumbarse todo lo que no se apoya sobre la única piedra angular que es Jesucristo.

MEDIOS Y REMEDIOS

NECESIDAD DE RECURRIR A MEDIOS REPARADORES

39.—Esta, Venerables Hermanos, es la doctrina de la Iglesia, la única que puede aportar verdadera luz, como en cualquier otro campo, también en el campo social, y la que puede producir la salvación frente a la ideología comunista. Pero es menester que tal doctrina se practique cada vez más en la vida, según la adver-

tencia de San Santiago: Sed... obradores de la palabra y no simples auditores, engañandoos a vosotros mismos. (Santiago I, 22); por lo cual lo que más urge al presente es usar con energía los oportunos remedios para oponerse eficazmente a la amenazadora conmoción que se está preparando. Nutrimos la firme esperanza que a lo menos la pasión con que los hijos de las tinieblas trabajan día y noche por su propaganda materialista y atea, valga para estimular santamente a los hijos de la luz a un celo no diferente, sino mayor para honra de la Divina Majestad.

RENOVACION DE LA VIDA CRISTIANA

Remedio fundamental

40.—¿Qué es menester, entonces, hacer, qué remedios utilizar para defender a Cristo y a la cultura cristiana contra este pernicioso enemigo? Como un padre en el círculo de su familia, Nos quisiéramos entretenernos casi en la intimidad sobre los deberes que la magna lucha de los días presentes impone a todos los hijos de la Iglesia, dirigiendo Nuestra paternal advertencia a aquellos hijos que de ella se han alejado

41.—Como en todos los períodos más borrascosos de la historia de la Iglesia, así hoy el fundamental remedio es una sincera renovación de la vida privada y pública de acuerdo a los

principios del Evangelio en todos aquellos que se glorian en pertenecer al ovil de Cristo, a fin de que sean verdaderamente la sal de la tierra que preserve la sociedad humana de semejante corrupción.

42.—Con ánimo profundamente agradecido al Padre de las luces, de quien descienden "todas las cosas óptimas que se nos ha dado y todo don perfecto". (S. Santiago, I, 17), vemos en todas partes consoladoras señales de esta renovación espiritual, no sólo en tantas almas singularmente privilegiadas que en estos últimos años se han elevado a la cumbre de la más sublime santidad y en tantas otras cada vez más numerosas que generosamente caminan hacia la misma meta luminosa, sino también en la florescencia de una piedad sentida y vivida en todos los sectores de la sociedad, aun en los más cultos, como ya lo hemos destacado en Nuestro reciente Motu proprio *"In multis solaciis"* del 28 de octubre último con motivo de la reorganización de la Academia Pontificia de Ciencias (A. A. S., vol. XXVIII, 1936, págs. 421-424)

43.—Sin embargo no es posible negar que falta mucho todavía para hacer en este camino de la renovación espiritual. Aun en países católicos casi solamente de nombre; demasiado pocos son los que, aun siguiendo más o menos fielmente las prácticas más esenciales de la religión que se honran en profesar, no se preocupan por conocerla mejor, por adquirir una más íntima y más profunda convicción y menos aun de tratar que al externo barniz corresponda el interno esplendor de una conciencia recta y pura, que sien-

le y cumple todos sus deberes bajo la mirada de Dios. Sabemos cuánto aborrecía el Divino Salvador esta vana y falaz exterioridad. El, que anhelaba que todos adorasen a Dios "en espíritu y en verdad". (S. Juan IV, 23). Quien no vive verdadera y sinceramente de acuerdo a la fe que profesa, no podrá hoy, mientras tan pujantes soplan los vientos de la lucha, mantenerse por mucho tiempo, sino que se verá miserablemente envuelto en este nuevo diluvio que amenaza al mundo y de este modo mientras cava por sí mismo su propia ruina, expondrá al ludibrio también el nombre de cristiano.

Despego de los bienes terrenales

44.—Y aquí queremos, Venerables Hermanos, insistir con más detención sobre dos enseñanzas del Señor, que tienen especial conexión con la actual situación del género humano: el despego de los bienes terrenales y el precepto de la caridad: "Bienaventurados los pobres de espíritu" fueron las primeras palabras que salieron de los labios del Divino Maestro, en su sermón de la Montaña (San Mateo, V, 3. Y es esta lección la más que nunca necesaria en estos tiempos de materialismo sediento de bienes y placeres terrenales. Todos los cristianos, ricos o pobres, deben siempre tener fijos los ojos en el cielo, recordando que "no tenemos aquí una ciudad permanente, sino que buscamos la venidera" (*A los hebreos,* XIII, 14). Los ricos no deben poner en las cosas de la tierra su felicidad ni dirigir a la conquista de aquellas sus me-

jores esfuerzos, sino que considerándose sólo como administradores que saben que deben rendir cuentas al supremo Patrón, han de valerse de ellas como de medios preciosos que Dios les concede para hacer el bien y no dejen de distribuir entre los pobres lo que les sobra, según el precepto evangélico (Cf. S. Lucas XI, 41). De otro modo se verificará en ellos y en sus riquezas la severa sentencia del apóstol Santiago: "Ea, pues, oh ricos, llorad, levantad el grito en vista de las desdichas que han de sobreveniros. Podridos están vuestros bienes y vuestras ropas han sido roídas por la polilla. El oro y la plata vuestra se han enmohecido y el orín de estos metales dará testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como un fuego. Os habéis atesorado ira para los últimos días".

45.—Recuerden además que no se conseguirá nunca hacer desaparecer del mundo, las miserias, los dolores, las tribulaciones, a las cuales están sujetos aun quienes en apariencia parecen más afortunados. Y, por lo tanto, a todos es menester la paciencia, esa paciencia cristiana que levanta el corazón a las divinas promesas de una felicidad eterna". Sed, entonces, porque la venida del Señor está cercana" (Santiago— hasta la venida del Señor. Ved al agricultor cómo espera el precioso fruto de la tierra, lo espera con paciencia hasta recibir el fruto tempranero y el tardío. Sed también vosotros pacientes y esforzad vuestros corazones porque la venida del Señor está cercana" (Santiago V. 7-8). Sólo así cumpliráse la consoladora promesa: "¡Bienaventurados los pobres!" Y no es ésta, consuelo y una promesa vana como son

las promesas de los comunistas, sino que son palabras de vida que contienen una suma realidad y que se verifican aquí en la tierra y luego en la eternidad.

¡Cuántos pobres, en efecto, en estas palabras y en la esperanza del reino de los cielos, que ya ha sido proclamado su propiedad: "porque el reino de Dios es vuestro" (S. Lucas VI, 20) encuentran una felicidad que tantos ricos no encuentran en sus riquezas, siempre inquietos y siempre sedientos como están de poseer más!

Caridad cristiana

46.—Aun más importante, como remedio del mal, de que estamos hablando, o ciertamente más directamente encauzado a remediarlo es el precepto de la caridad. Nos pensamos en esa caridad cristiana "paciente y benigna" (I Cor. XIII, 4), la cual evita todo aire de degradante protección; aquella caridad que desde los principios del Cristianismo ganó para Cristo a los más pobres entre los pobres, los esclavos; y agradecemos a todos aquellos que en las obras de beneficencia, desde las conferencias de San Vicente de Paul hasta las grandes y modernas organizaciones de asistencia social, han ejercitado y ejercitan las obras de misericordia corporal y espiritual. Cuanto más experimenten los obreros en sí mismos lo que el espíritu del amor animado por la virtud de Cristo hace por ellos, tanto más se despojarán del prejuicio de que el cristianismo haya perdido su eficacia y de que

la Iglesia esté de parte de quienes explotan su trabajo.

47.—Pero cuando observamos por una parte una multitud de indigentes, por varias razones independientes de ellos, verdaderamente oprimidos por la miseria y por otro, al lado de ellos, a tantos que se divierten despreocupadamente y gastan enormes sumas en cosas inútiles, no podemos dejar de reconocer con dolor que no sólo no se observa bien la justicia, sino que hasta el precepto de la caridad cristiana no es suficientemente profundizado, no es vivido en la práctica cotidiana. Deseamos, por tanto, Venerables Hermanos, que se ilustre cada vez más, con la palabra y con el ejemplo, este divino precepto, preciosa contraseña de reconocimiento dejada por Cristo a sus verdaderos discípulos: este precepto, que nos enseña a ver en los que sufren al mismo Jesús y nos impone amar a nuestros hermanos como el divino Salvador nos ha amado a nosotros, esto es, hasta el sacrificio de nosotros mismos y, si ocurre, hasta de la propia vida.

Mediten todos y con frecuencia aquellas palabras, por una parte consoladoras, pero por otra terribles, de la sentencia final, que pronunciará el Juez Supremo, en el día del Juicio Final: "Venid, benditos de mi Padre... porque tuve hambre y vosotros me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber... En verdad os digo que cada vez que habéis hecho algo por uno de estos pequeñuelos entre mis hermanos, a mí lo habéis hecho" (S. Mateo XXV, 34-40). Y por otra al fuego eterno... porque tuve hambre y

no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber... Yo os digo de verdad que todas las veces que no lo habéis hecho a uno de estos pequeñuelos entre mis hijos, no me lo habéis hecho a mí (S. Mateo XXV, 41-45).

48.—Para asegurarse, entonces la vida eterna y poder eficazmente socorrer a los indigentes, es necesario retornar a una vida más modesta, renunciar a los placeres, a menudo hasta pecaminosos, que el mundo ofrece hoy con tanta abundancia; olvidarse a sí mismo por amor al prójimo.

Una divina fuerza regeneradora se encuentra en este "precepto nuevo" (como Jesús lo llamaba) de la caridad cristiana. (S. Juan XIII, 34) cuya fiel observancia infundirá en los corazones una paz interior desconocida al mundo y remediará eficazmente los males que afligen a la humanidad.

Deberes de estricta justicia

49.—Pero la caridad no será nunca verdadera caridad si no tuviera siempre en cuenta la justicia. Enseña el Apóstol que "quien ama al prójimo ha cumplido la ley": y da la razón de ello: "porque el *no fornicar, no matar, no robar*... y cualquier otro precepto, se resume en esta fórmula: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*" (Rom. XIII, 8-9).

Si, entonces, de acuerdo con el Apóstol, todos los deberes se reducen al único precepto de la verdadera caridad, aun aquellos que son de estricta justicia, como el no matar y el no

robar, una caridad que prive al obrero del salario a que tiene derecho, no es caridad sino un nombre vano y una falsa apariencia de caridad. Ni el obrero ha menester como limosna lo que le corresponde por justicia; ni se puede tentar eludir los graves deberes impuestos por la justicia con los pequeños dones de la misericordia. Caridad y justicia imponen deberes, a menudo sobre las mismas cosas pero bajo diverso aspecto; y los obreros son justamente sensibilísimos a estos deberes de los demás a su respecto, por razones de su misma dignidad.

50.—Por lo tanto Nos dirigimos en modo particular, a vosotros patrones e industriales cristianos cuya misión es frecuentemente tan dificultosa porque soportáis la pesada herencia de los errores de un régimen económico inícuo que ha ejercitado su ruinoso influjo durante varias generaciones; sed vosotros conscientes de vuestra responsabilidad. Es desgraciadamente verdad que el modo de obrar de algunos ambientes católicos ha contribuído a alejar la confianza de los trabajadores en la religión de Jesucristo. No querían aquéllos comprender que la caridad cristiana exija el reconocimiento de los derechos que se les deben a los obreros y que la Iglesia les ha reconocido explícitamente. ¿Cómo habrá que juzgar los actos de aquellos patrones católicos, que en ciertas partes han alcanzado a impedir la lectura de Nuestra Encíclica *"Quadragesimo Anno"*, en sus iglesias patronales? ¿O los de aquellos industriales católicos que se han demostrado hasta hoy adversarios de un movimiento obrero que Nos

mismo hemos recomendado? ¿Y, acaso, no hay que deplorar que el derecho de propiedad, reconocido por la Iglesia, haya sido empleado para defraudar al obrero de su justo salario y de sus derechos sociales?

Justicia social

51.—En efecto: además de la justicia conmutativa, existe la justicia social, que impone a su vez deberes a los cuales no se pueden substraer ni los patrones ni los obreros. Y es, precisamente, propio de la justicia social exigir de los individuos todo cuanto sea necesario al bien común. Pero como el organismo viviente no está provisto para todo, si no que se da a cada una de las partes y a cada uno de los miembros todos lo que necesitan para ejecutar sus funciones, del mismo modo no se puede proveer al organismo social y al bien de toda la sociedad si no se da a cada una de las partes y a cada uno de los miembros, esto es, a los hombres dotados de la dignidad de personas, todo lo que deben tener para sus funciones sociales. Si se satisfaciera también a la justicia social, una intensa actividad de toda la vida económica desarrollada en la tranquilidad y en el orden sería el fruto y demostraría la salud del cuerpo social, como la salud del cuerpo humano se reconoce en una imperturbada al mismo tiempo completa y fructuosa actividad de todo el organismo.

52.—Pero no se puede decir que se haya satisfecho la justicia social si los obreros no

tienen asegurado su propio sustento con un salario proporcionado a este fin, si no se les facilita la ocasión de adquirir alguna modesta fortuna, previniendo así la plaga del pauperismo universal; si no se toman providencias en su favor, con seguros públicos o privados, para su vejez en caso de enfermedad o de desocupación. En una palabra, repitiendo lo que ya hemos dicho en Nuestra Encíclica *"Quadragesimo Anno"*: "entonces la economía social verdaderamente subsistirá y obtendrá sus fines cuando a todos y cada uno de los socios le sean suministrados todos los bienes que se pueden formar con las fuerzas y los subsidios de la naturaleza, con el arte técnico, con la constitución social del factor económico; bienes que han de ser tantos cuantos sean necesarios ya para satisfacer las necesidades y la honesta comodidad, ya para elevar a los hombres a aquella más feliz condición de vida, que cuando se obra con prudencia, no sólo no es obstáculo para la virtud, sino que grandemente la favorece". (Encíclica *"Quadragesimo Anno"*, 15 de mayo de 1931: *A. l. S. vol. XXIII*, 1931 páginas 202).

53.—Si además, como ocurre con creciente frecuencia en la cuestión de los salarios, la justicia no puede ser observada por los individuos, sino a condición de que todos se pongan de acuerdo de practicarla conjuntamente, mediante instituciones que unan entre sí a los dadores de trabajo, para evitar entre ellos una competencia incompatible con la justicia debida a los trabajadores, deber es de los empresarios y patrones de sostener y promover estas

instituciones necesarias, que resultan el medio normal para poder cumplir los deberes de justicia. Pero, también, los trabajadores recuerden sus obligaciones de caridad y de justicia hacia los empleadores, y estén persuadidos que con esto salvaguardarán sus propios intereses.

54.—Si se considera, por cierto, el conjunto de la vida económica —como lo hemos ya destacado en Nuestra Encíclica *"Quadragesimo Anno"*— no se podrá obtener el reinado, en las relaciones económico-sociales, de la mutua colaboración entre la justicia y la caridad, si no por medio de un cuerpo de instituciones profesionales e interprofesionales sobre bases sólidamente cristianas, coaligadas entre ellas y que formen, bajo diversas formas y adaptadas a los lugares y circunstancias, lo que se llamaba: la Corporación.

ESTUDIO Y DIFUSION DE LA DOCTRINA SOCIAL

55.—Para dar a esta acción social una más grande eficacia, es muy necesario promover el estudio de los problemas sociales a la luz de la doctrina de la Iglesia y difundir sus enseñanzas bajo la égida de la Autoridad de Dios constituída por la misma Iglesia. Si el modo de obrar de algunos católicos ha dejado que desear en el campo social-económico, esto ocurre a menudo porque no han suficientemente conocido y meditado las enseñanzas de los Sumos Pontífices sobre este argumento. Por esto, es sumamente necesario que en todas las clases

de la sociedad se promueva una más intensa formación social correspondiente al diverso grado de cultura intelectual, y se procure con la máxima solicitud e industria la más amplia difusión de las enseñanzas de la Iglesia aun en la clase obrera. Sean iluminadas las mentes en la segura luz de la doctrina católica, e inclinadas las voluntades a seguirlas y aplicarlas como normas de recto vivir, por el cumplimiento a conciencia de los múltiples deberes sociales, oponiéndose de esta manera a esa incoherencia y discontinuidad en la vida cristiana, por Nos tantas veces deplorada, por la cual, algunos mientras son, aparentemente fieles al cumplimiento de sus deberes religiosos, luego en el campo del trabajo, o de la industria, o de la profesión, o en el comercio, o en el empleo, por un lamentable desdoblamiento de conciencia, llevan una vida completamente disconforme de las normas tan claras de la justicia y de la caridad cristiana, procurando en tal modo, grave escándalo a los débiles y ofreciendo a los malvados un pretexto cómodo para desacreditar a la misma Iglesia.

56.—*Un gran aporte a esta renovación puede proporcionar la prensa católica. Ella puede y debe, en primer lugar, de diversas y atrayentes formas, hacer conocer mejor la doctrina social, informar con exactitud y hasta con la debida amplitud sobre la actividad de los adversarios, y referir los medios de combatirlos que se han demostrado más eficaces en diversas regiones, proponer útiles sugerencias y poner en guardia contra las astucias y los engaños con*

que los comunistas procuran, y han alcanzado ya atraer a los hombres de buena fe.

PREVENIRSE CONTRA LAS INSIDIAS DEL COMUNISMO

57.—Sobre este punto hemos ya insistido en Nuestra Alocución del 12 de mayo del año pasado, pero creemos oportuno, Venerables Hermanos, volver a concitar en modo particular sobre él vuestra atención. El comunismo en un principio se mostró cual era en toda su perversidad, pero muy pronto se convenció de que en esa forma alejaba de sí a los pueblos, y por esto ha cambiado su táctica y procura atraer a las multitudes con varios engaños escondiendo sus propios planes detrás de ideas que en sí son buenas y sugestivas. Así notando el común deseo de paz, los jefes del comunismo fingen ser los más celosos fautores y propagandistas del movimiento por la paz mundial; pero al mismo tiempo proclaman la lucha de clases, que hace correr ríos de sangre y sintiendo que no cuentan con la interna garantía de la paz, recurren a los ilimitados armamentos. Así bajo diversos nombres que ni siquiera aluden al comunismo, fundan asociaciones y periódicos que después sirven únicamente a hacer penetrar sus ideas en ambientes que de otra manera no les serían fácilmente accesibles; hasta procuran mediante la perfidia infiltrarse en ambientes católicos y religiosos. Así, en otras partes, sin renunciar un instante siquiera a sus perversos principios, invitan a los católicos a co-

laborar con ellos en el campo que denominan humanitario y caritativo, proponiendo a veces cosas del todo conformes al espíritu cristiano y a la doctrina de la Iglesia. En otras, además, llevan la hipocresía hasta el punto de hacer creer que el comunismo en países de mayor cultura asumirá un aspecto más calmo, no impedirá el culto religioso y respetará la libertad de conciencia. Hasta hay algunos que refiriéndose a los cambios introducidos recientemente, en la legislación soviética, deducen de ello que el comunismo está en camino de abandonar su programa de lucha contra Dios.

58.—¡Procurad, Venerables Hermanos, que vuestros fieles no se dejen engañar! El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir en ningún campo la colaboración con él por quienes desean salvar la civilización cristiana. Y si algunos inducidos al error cooperasen a la victoria del comunismo en su país, caerán entre los primeros como víctimas de su error y cuanto más se distingan por su antigüedad y por la grandeza de su civilización cristiana, las regiones donde el comunismo consiga penetrar tanto más devastador se les manifestará el odio de los "Sin Dios".

ORACION Y PENITENCIA

59.—Pero "si el Señor no custodia la ciudad, en vano vela aquel que la vigila" (*Salmo* CXXVI 1). Por eso, como último y potentísimo remedio, os recomendamos, Venerables Hermanos, que promováis e intensifiquéis en el mo-

do más eficaz para vuestra diócesis el espíritu de oración unido con la cristiana penitencia. Cuando los Apóstoles preguntaron al Salvador por qué no habían ellos podido liberar del espíritu maligno a un endemoniado, el Señor les respondió: "Este género de demonio, sólo se pueden expulsar con la oración y el ayuno". (*S. Mateo* XVII, p0). También el mal que hoy atormenta a la humanidad no puede ser dominado sino por una universal y santa cruzada de oración y de penitencia y recomendamos singularmente a las Ordenes Contemplativas, de varones y mujeres, de redoblar sus súplicas y sus sacrificios para impetrar del Cielo una valiosa ayuda a la Iglesia en las luchas presentes, con la potente intercesión de la Virgen Inmaculada, la cual como un día aplastó la cabeza a la antigua serpiente, igualmente, es siempre la segura defensa y el invencible Auxilio de los cristianos".

Ministros y Auxiliares de esta Obra Social de la Iglesia

LOS SACERDOTES

60.—Para la obra mundial de salvación que hemos venido bosquejando y para la aplicación de los remedios que hemos indicado brevemente, ministros y obreros evangélicos designados por el Divino Rey, Jesucristo, son en primera fila, los sacerdotes. A ellos, por vocación especial, bajo la guía de los pastores sagrados y en unión de filial obediencia con el Vicario de

Cristo en la tierra, está confiada la misión de mantener encendida en el mundo la antorcha de la fe y de infundir en los fieles esa sobrenatural confianza con la cual la Iglesia en nombre de Cristo ha combatido y vencido tantas batallas: "Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe". (Epist. 1a. de S. Juan, V, 4).

61.—En modo particular recordamos a los sacerdotes la exhortación de nuestro predecesor León XIII, tantas veces repetida, de ir a los obreros; exhortación que Nos hacemos Nuestra y completamos: "Id a los obreros, especialmente al obrero pobre y en general, id a los pobres", siguiendo en esto las enseñanzas de Jesús y de su Iglesia. Los pobres, en efecto, son los más asediados por los falsarios, que explotan su miserable situación para encenderles el odio contra los ricos y excitarlos a apoderarse por la fuerza de aquello que les parece injustamente negado por la suerte; y si el sacerdote no va a los obreros y a los pobres para premunirlos o desengañarlos de los prejuicios y de las falsas teorías, éstos se convertirán en fácil presa de los apóstoles del comunismo.

62.—No podemos negar que mucho se ha hecho en este sentido, especialmente, después de las Encíclicas *"Rerum Novarum"* y *"Quadragesimo Anno"*, y con paternal complacencia saludamos los industriosos cuidados pastorales de tantos obispos y sacerdotes, que van meditando y probando, si bien con las debidas y prudentes precauciones, nuevos métodos de apostolado más adecuados a los tiempos presentes. Como cuando está en peligro la patria, todo lo

que no es estrictamente necesario o no está directamente ordenado a la perentoria necesidad de la defensa común, pasa a segunda fila: lo mismo dígase de nuestro caso, toda otra obra por más hermosa y buena, debe ceder el puesto a la vital necesidad de salvar las bases de la fe y de la civilización cristiana. Y, por lo tanto, en las parroquias los sacerdotes, aun dando naturalmente lo que sea menester al cuidado ordinario de los fieles, reserven la parte mayor y mejor de sus fuerzas y de sus actividades para reconquistar las masas de trabajadores para Cristo y para la Iglesia y para hacer penetrar el espíritu cristiano en los ambientes que le son más extraños. Ellos encontrarán luego en las masas populares una correspondencia y una abundancia de frutos inesperados, que les compensará el fatigoso trabajo del primer desmonte, como hemos visto y vemos en Roma y en otras muchas metrópolis, donde al surgir de nuevas iglesias en los barrios periféricos se van recogiendo celosas comunidades parroquiales y se obran verdaderos milagros de conversiones entre las poblaciones que eran hostiles a la religión sólo porque no la conocían.

63.—Pero el medio más eficaz de apostolado entre las multitudes de pobres y de humildes es el ejemplo del sacerdote, el ejemplo de todas las virtudes sacerdotales, cuales las hemos descripto en Nuestra Encíclica. *"Ad catholici sacerdotii"*, (20 dic. 1935: A. A. S., vol. XXVIII, págs. 5-53): pero en el caso presente en modo especial, un luminoso ejemplo de vida humilde, pobre, desinteresada, copia fiel del Di-

vino Maestro que podía proclamar con divina franqueza: "Las zorras tienen sus guaridas, y los pájaros sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reposar su cabeza" (S. Mateo. VIII. 20). Un sacerdote, verdadera y evangélicamente pobre y desinteresado, hace milagros de bien en medio del pueblo, como San Vicente de Paul, un cura de Ars, un Cottolengo, un Dos Bosco y tantos otros; mientras un sacerdote avaro e interesado, como lo recordáramos en la ya citada Encíclica, aun si no se precipita como Judas en el abismo de la traición, será por lo menos un vano "bronce que suena" y una inútil "campana que tañe" (I Cor. XIII. 1), y con demasiada frecuencia más bien un impedimento que un instrumento de gracia en medio del pueblo. Y si el sacerdote secular o regular por obligación de su oficio debe administrar bienes temporales, recuerde que no solamente debe con escrúpulo observar todo lo que prescribe la caridad y la justicia sino que debe mostrarse, en modo particular, un verdadero padre de los pobres.

LA ACCION CATOLICA

64.—Después del clero, Nos dirigimos Nuestra paternal invitación a los queridísimos hijos que militan en las filas de la para Nos tan querida Acción Católica, que ya declaramos en otra ocasión (12 de mayo de 1936) "una ayuda particularmente providencial" para la obra de la Iglesia en estas circunstancias tan difíciles. En efecto: la Acción Católica es también aposto-

lado social en cuanto tiende a difundir el reinado de Jesucristo no sólo entre los individuos sino también en la familia y en la sociedad. Debe, por lo tanto, ante todo, atender a formar con un cuidado especial a sus elementos y prepararlos a las santas batallas del Señor. A tal labor formativa, como nunca urgente y necesaria, que debe preceder la acción directa y de hecho, servirán por cierto los círculos de estudio, las semanas sociales, cursos orgánicos de conferencias y todas aquellas otras iniciativas aptas para hacer conocer las soluciones de los problemas sociales en un sentido cristiano.

65.—Soldados de la Acción Católica de este modo bien preparados y adiestrados serán los primeros e inmediatos colaboradores de sus compañeros de trabajo y se convertirán en preciosos auxiliares del sacerdote para llevar la luz de la verdad y remediar las graves miserias materiales y espirituales, en innumerables zonas refractarias a la acción del ministro de Dios, ya sea por inveterados prejuicios contra el clero ya por deplorable apatía religiosa. Se cooperará de este modo, bajo la guía de sacerdotes, particularmente expertos, en esa asistencia religiosa a las clases obreras que Nos es tan grata, como el medio más adecuado para preservar a estos Nuestros queridos hijos de las insidias comunistas.

66.—Además de este apostolado individual, muchas veces escondido, pero siempre útil y eficaz, es misión de la Acción Católica hacer con la propaganda oral y escrita una amplia siembra de los principios fundamentales que sirvan

a la construcción de un orden social cristiano, cual resulta de los documentos pontificios.

ORGANIZACIONES AUXILIARES

67.—En torno a la Acción Católica se agrupan las organizaciones que Nos hemos proclamado sus auxiliares. También a estas tan útiles organizaciones exhortamos con paternal afecto a consagrarse a la gran misión de que hablamos, la cual actualmente supera a todas las demás por su vital importancia.

ORGANIZACIONES DE CLASES

68.—Nos pensamos, asimismo, en aquellas organizaciones profesionales: de trabajadores, de agricultores, de ingenieros, de médicos, de patrones, de hombres de estudio y otras semejantes; hombres y mujeres que viven en las mismas condiciones culturales y casi naturalmente están reunidos en grupos homogéneos.

Precisamente estos grupos y estas organizaciones están destinadas a introducir aquel orden en la sociedad que Nos hemos tenido en cuenta en Nuestra Encíclica *Quadragesimo Anno* y a difundir en esa forma el reconocimiento de la realeza de Cristo en los diversos campos de la cultura y del trabajo.

69.—Pero si, por las condiciones especiales de la vida económica y social, el Estado ha creído de su deber el intervenir hasta asistir o reglamentar directamente tales instituciones con particulares disposiciones legislativas, dejando

en salvo el respeto debido a la libertad y a las iniciativas privadas; aun en esas circunstancias la Acción Católica no debe permanecer extraña a la realidad sino que debe prestar con sabiduría su contribución de pensamiento con el estudio de los nuevos problemas a la luz de la doctrina católica, y de actividad, con la participación leal y voluntariosa de sus socios en las nuevas modalidades de las instituciones, llevando a ellas el espíritu cristiano, que es siempre principio de orden y de mutua y fraternal colaboración.

LLAMAMIENTO A LOS OBREROS CATOLICOS

70.—Una palabra, particularmente paternal, quisiéramos dirigir a Nuestros queridos obreros católicos, jóvenes y adultos, los cuales, quizá, como premio a su fidelidad heroica en estos tiempos tan difíciles, han recibido una misión muy noble y ardua. Bajo la guía de sus obispos y de sus sacerdotes, deben retornar a la Iglesia y a Dios a la inmensa multitud de sus hermanos de trabajo, que exacerbados por no haber sido comprendidos o tratados con la dignidad a la que tenían derecho, se han alejado de Dios. Los obreros católicos con su ejemplo, con sus palabras, demuestren a estos hermanos suyos, que la Iglesia es una tierna Madre para todos los que trabajan y sufren y jamás ha omitido ni omitirá nunca su sagrado deber materno de defender a sus hijos. Si esta misión que ellos tienen que cumplir en las minas, en las fábricas, en

las canteras, en donde quiera se trabaje, requiere, a veces, grandes sacrificios, recuerden que el Salvador del mundo no sólo dió el ejemplo del trabajo sino también el del sacrificio.

NECESIDAD DE LA CONCORDIA ENTRE LOS CATOLICOS

71.—A todos Nuestros hijos, además, de cualquier clase social, de cualquier nación, de cualquier agrupación religiosa o seglar en la Iglesia, quisiéramos dirigir un nuevo y más urgente llamamiento a la concordia. Muchas veces Nuestro paternal corazón ha sido atribulado por las divisiones, a menudo, fútiles en sus causas, pero siempre trágicas en sus consecuencias, pues ponen en lucha a los hijos de una misma Madre, la Iglesia. Así se ve que los subversivos, que son tan numerosos, aprovechando estas discordias, las tornan más agudas y concluyen por arrojar a los mismos católicos unos contra otros. Después de los acontecimientos de estos últimos meses podría parecer superflua Nuestra advertencia. La repetimos con todo una vez más para aquellos que no la han comprendido o que acaso no quiren comprenderla. Los que trabajan para aumentar las discordias entre los católicos asumen para sí una tremenda responsabilidad ante Dios y ante la Iglesia.

LLAMAMIENTO A CUANTOS CREEN EN DIOS

72.—Pero ante esta lucha empeñada por el poder de las tinieblas contra la misma idea de la Divinidad, Nos es grato esperar que, además de todos aquellos que se glorían del nombre de Cristo, se opongan también, válidamente, cuantos (y son la gran mayoría de la humanidad) creen todavía en Dios y lo adoran. Renovaremos, pues, el llamamiento que lanzáramos cinco años hace en Nuestra Encíclica *"Caritate Christi"*, a fin de que también leal y cordialmente concurran por su parte "para alejar de la humanidad el gran peligro que a todos nos amenaza". Porque como entonces decíamos "si creer en Dios es el fundamento inmutable de todo orden social y de toda responsabilidad sobre la tierra", por lo tanto quienes no quieren la anarquía y el terror deben enérgicamente industriarse para que los enemigos de la religión no alcancen el fin que ellos tan abiertamente han proclamado". (Enciel. *"Caritate Christi"*, 3 de mayo de 1932, A. A. S., vol. XXIV, 1932, pág. 184).

DEBERES DEL ESTADO CRISTIANO

Ayudar a la Iglesia

73.—Hemos expuesto, Venerables Hermanos, la función positiva, de orden doctrinario al mismo tiempo que prácticamente, que la Iglesia asu-

me por la misma misión que le confiara Cristo, de edificar la sociedad cristiana y, en nuestros días, de oponerse y combatir los esfuerzos del comunismo; y hemos apelado a todos y cada uno de los sectores de la sociedad. A esta misma empresa espiritual de la Iglesia el Estado cristiano debe también positivamente contribuir, ayudando en tal función a la Iglesia con los medios que le son propios, los cuales aunque sean medios externos, no dejan de mirar, en primer lugar, al bien de las almas.

74.—Por lo tanto, los Estados han de poner el mayor cuidado en impedir que una propaganda atea, que conmueve todos los fundamentos del orden, haga estragos en sus naciones, porque no podrá haber autoridad sobre la tierra si no se reconoce la autoridad de la Majestad Divina, ni será firme ningún juramento si no se jura en nombre del Dios vivo. Nos repetimos lo que a menudo y con tanta insistencia hemos dicho y en modo destacado en Nuestra Encíclica *"Caritate Christi"*: "¿Cómo puede sostenerse un contrato cualquier y qué valor puede tener un tratado, donde falta toda garantía de conciencia? ¿Y cómo se puede hablar de garantía de conciencia, donde ha desaparecido toda fe en Dios, todo temor de Dios? Quitada esta base, cae toda ley moral con ella y no hay remedio alguno que pueda impedir la gradual e inevitable ruina de los pueblos, de la familia, del Estado, de la misma civilización humana". (Encicl. *"Caritate Christi"*, 3 de mayo de 1932, A. A. S., vol. XXIV, 1932, pág. 190).

Providencias de bien común

75.—Además el Estado debe poner el mayor cuidado para crear aquellas condiciones materiales de vida sin la cual una sociedad organizada no puede subsistir y para proveer trabajo especialmente a los padres de familia y a la juventud. Debe inducirse a las clases poderosas a que asuman, por la urgente necesidad presente del bienestar común aquellas cargas, sin las cuales la sociedad humana no puede salvarse ni ellos mismos podrían encontrar salvación. Las providencias que el Estado tome a este fin deben ser tales que graven, efectivamente, a quienes tienen en sus manos los mayores capitales y lo están aumentando continuamente con grave perjuicio para los demás.

Administración prudente y sobria

76.—El mismo Estado, consciente de su responsabilidad delante de Dios y de la sociedad, sea el ejemplo de todos los demás con una prudente y sobria administración. Hoy más que nunca la gravísima crisis mundial exige que quienes disponen de enormes fondos, fruto del trabajo y del sudor de millones de ciudadanos, tengan siempre ante sus ojos, únicamente, el bienestar común y se esfuercen en promoverlo cuanto más les sea posible. Cumplan también los funcionarios del Estado y todos sus empleados, por obligación de conciencia, sus deberes con fidelidad y desinterés, siguiendo los ejem-

plos antiguos y recientes de hombres insignes que con incansable trabajo sacrificaron toda su vida por el bien de su patria. Luego en las relaciones de los pueblos entre sí, procúrese con solicitud de remover aquellos impedimentos artificiales de la vida económica, que emanan de los sentimientos de desconfianza y de odio, recordando que todos los pueblos de la tierra forman una única familia de Dios.

Dejar en libertad a la Iglesia

77.—Pero al mismo tiempo el Estado debe dejar a la Iglesia la plena libertad de cumplir su divina y completamente espiritual misión de contribuir con esto mismo poderosamente a salvar a los pueblos de la terrible tormenta de la hora presente. Se hace en todas partes hoy un angustioso llamamiento a las fuerzas morales y espirituales, y con mucha razón, porque el mal que se debe combatir es, ante todo, considerado en sus fuentes primordiales, un mal de naturaleza espiritual y es de estas fuentes que surge por una lógica satánica toda la monstruosidad del comunismo. Ahora bien, entre todas las fuerzas morales y religiosas se destaca, incontestablemente, la Iglesia Católica; y, por lo tanto, el mismo bienestar de la humanidad exige que no se pongan impedimentos a su actividad.

78.—Si se obrara de otro modo y se pretendiera al mismo tiempo alcanzar esa finalidad con medios puramente económicos y políticos, se incurriría en el riesgo de caer en un peligroso error. Porque cuando se excluye la religión de

la escuela, de la educación, de la vida pública y se exponen al ludibrio los representantes del cristianismo y sus sagradas ceremonias, acaso ¿no se promueve ese materialismo del cual ha brotado el comunismo? Ni la fuerza, por más bien organizada, ni los ideales errenos, por más grandes y nobles, pueden avasallar un movimiento que arraiga sus raíces precisamente, en la demasiada estima de los bienes del mundo.

79.—Confiamos que aquellos que dirigen los destinos de las naciones, por poco que examinen el peligro extremo que amenaza hoy a los pueblos, se apercibirán cada vez más del supremo deber de no impedir a la Iglesia el cumplimiento de su misión: tanto más que al cumplirla, mientras mira a la felicidad eterna del hombre, trabaja inseparablemente también por su verdadera felicidad temporal.

LLAMAMIENTO PATERNO A LOS EXTRAVIADOS

80.—Pero no podemos poner fin a esta carta encíclica sin dirigir una palabra a aquellos hijos Nuestros que están ya atacados o, poco menos, por el mal comunista. Los exhortamos vivamente a escuchar la voz del Padre que los ama y rogamos al Señor que los ilumine a fin de que abandonen el camino erróneo que los arrastra a todos a una inmensa y catastrófica ruina y reconozcan también ellos que el único Salvador es Jesucristo Nuestro Señor "porque no hay bajo el cielo ningún otro nombre dado a los hom-

bres, del cual podamos esperar la salvación". ("*Actos de los Apóstoles*", IV, 12).

CONCLUSION

SAN JOSE, MODELO Y PATRONO

81.—Y para apresurar la tan generalmente deseada "Paz de Cristo en el Reino de Cristo" (Cf. Encícl. "*Ubi arcano*", 23 de diciembre de 1922: A. A. S., vol. XIV, 1922, pág. 691) colocamos la gran acción de la Iglesia Católica contra el comunismo ateo mundial bajo la égida del poderoso protector de la Iglesia, San José. El perteneció a la clase obrera y ha experimentado el peso de la pobreza, en sí y en la Sagrada Familia, de la cual era jefe previsor y afectuoso, a él se le confió el Divino Infante, cuando Herodes movilizó contra El a sus sicarios. Con una vida de fidelísima observancia del deber cuotidiano, ha dejado un ejemplo a todos los que deben ganarse el pan con el trabajo de sus manos, y mereció ser llamado el Justo, ejemplo vivo de aquella justicia cristiana, que debe dominar en la vida social.

82.—Con los ojos fijos en lo alto, nuestra fe ve los nuevos cielos y la nueva tierra de las cuales habla Nuestro primer antecesor San Pedro (*II de San Pedro*, III, 13; Isaías LVX, 17, LXVI 22, *Apoc.*, XXI, 1).

Mientras las promesas de los falsos profetas de esta tierra se apagan en la sangre y en las lágrimas, resplandece con celestial belleza la gran profecía apocalíptica del Redentor del mun-

do: "He aquí que Yo hago de nuevo todas las cosas". (*Apoc.* XXI, 5).

Nada Nos resta, Venerables hermanos, sino levantar las manos paternales y hacer descender sobre Vosotros, sobre Vuestro Clero y Vuestro pueblo, sobre toda la gran familia cristiana, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, cerca de San Pedro, en la fiesta de San José, patrono de la Iglesia Universal, 19 de Marzo, en el año XVI de Nuestro Pontificado.

PIO PP. XI".

ESTA OBRA HA SIDO IMPRESA
EN LOS TALLERES GRAFICOS DE LA
EDITORIAL LUMEN S. A.
PESCADERIA 133-APARTADO 1556
TELEFONO 33897 - LIMA - PERU

TALLERES GRAFICOS DE LA
EDITORIAL "LUMEN" S. A.
PESCADERIA 133 - 137 - LIMA